

EL GARRULO AVISPERO DE LOS SOFISTAS

Por

LUIS DI FILIPPO

Visto superficialmente, a vuelo de pájaro, y desde tan remota lejanía temporal, el paisaje de la cultura griega llamada clásica más que la vaga impresión de un jardín simétricamente trazado y florecido, nos parece mejor la de una floresta tropical bastante enmarañada. Aparecen, en medio del confuso desorden forestal, algunos árboles altivos, señores del conjunto, rodeados por un sin fin de arbustos y plantas, algunos parasitarios, medrando con sus raíces adentradas en ese suelo intelectual prodigiosamente fértil. Los altivos ejemplares de aquella flora serían un Platón o un Aristóteles, cuyo majestuoso señorío parece empequeñecer el conjunto de escuelas y sectas menores, satélites girando en torno a los dos astros del pensamiento griego. Pero esta suerte de imperialismo intelectual que ejercen todavía los dos grandes filósofos, no empece que valoremos la presencia de los presuntuos súbditos, pues éstos, sumados aunque no unidos en un frente común de oposición rebelde, tienen sus valores propios, autónomos, cuya relevancia es menester destacar librándolos de la aparente cuan injusta sumisión a la fuerte autoridad de Platón y de Aristóteles con sus pretensiones omnímodas. Y no incluiremos a Sócrates en la nómina privilegiada porque éste no fundó escuela alguna aunque fue maestro con muchos discípulos; Sócrates fue rara avis, no porque lo fuese de verdad sino porque la leyenda platónica así nos lo muestra en la artística creación del personaje que Platón, maliciosa y sutilmente, transfi-

gura para condenar a los sofistas oponiéndoles paradójicamente un gran sofista.

Con el fin de completar esta imagen metafórica y falsa, muy aceptada, de aquel panorama antiguo, podemos valerlos de una comparación muy moderna diciendo que las escuelas consideradas menores eran como los guerrilleros revolucionarios actuales en relación con esos mariscales académicos a los cuales enfrentaban con irreverente audacia crítica. Platón y Jenofonte, por ejemplo, condenaban a los sofistas; en esta empeño todas las armas, fuesen o no razonables, eran permitidas; los contrincantes eran racionalistas sin dejar de ser muy humanos; pudorosamente, Platón llegó a reconocer que usaba *mentiras saludables* en sus discusiones. Mucho más tarde, para fines semejantes, surgió aquello de *las mentiras piadosas*. Pero los adjetivos *saludables* y *piadosos* no logran embozar del todo al sustantivo mentira que no es muy decoroso en boca de un intelectual por muy idealista que sea. Se sospecha que la malquerencia de Platón hacia los sofistas se debía a razones políticas y morales más que fundamentalmente filosóficas; puede hablarse también de razones patrióticas ya que entonces no se había inventado el término nacionalista, por razones obvias. No le faltaban al censor argumentos éticos válidos; en este sentido, parece que el desdén de Platón se debía a que los tales sofistas no eran *amateurs* sino profesionales de la docencia filosófica. Acusación digna de un aristócrata que no se resignaba a reconocer las mutaciones de la democracia ateniense las cuales afectaban no sólo a la política sino a las costumbres ciudadanas tradicionales. Es cierto que muchos sofistas se habían convertido en un gremio poco virtuoso en el sentido que cultivaban la esgrima mental como un deporte en el que el arte de la polémica, con sus argucias verbales, era un fin en sí mismo, no un medio para fines más altos y desinteresados. Pero no es menos cierto que esta democratización de la Cultura o vulgarización de la sabiduría desarrollaba el espíritu crítico, el análisis de todos los problemas, los del cielo y los de la tierra, y que de este modo se multiplicaban los *tábanos* que

El Gárrulo Avispero de los Sofistas

mantienen inquieta, muy despierta, a la ciudadanía impidiendo que ésta se adormeciese en un conformismo de pereza mental. Platón veía en esta inquietud disolvente sólo su aspecto negativo, no sus aspectos positivos. El maestro aristocrático asume una actitud conservadora no exenta de serias preocupaciones saludables, pero no puede detener la marcha de la historia que en su fondo y quizás oscuro proceso revolucionario dejaba atrás, convirtiéndolos en anacrónicos, los módulos mentales de los buenos tiempos de la grandeza ya declinante; y declinante no por causa de los sofistas, pues éstos precisamente eran un producto de los tiempos nuevos. No eran tiempos ideales, pero eran los únicos tiempos posibles y reales. La historia no es como uno quisiera que fuese; no es como se la piensa o se la sueña; es como es, con gran dolor de los filósofos que la desean de otra manera, más obediente a sus personales esquemas que, en cuanto esquemas, resultan hermosas utopías, bellos mitos, enfrentando a dramáticas realidades muy exitantes y no menos bellas, aunque su belleza no coincida con el ideal de belleza que el filósofo se ha forjado. Tampoco hay que perder de vista el hecho de que los sofistas afirmaban la preeminencia del logos sobre el mito, lo que resultaría bastante molesto a un ingenioso creador de mitos como era Platón.

La cólera, tan poco ecuánime, de Platón contra los sofistas no es un caso insólito; forma parte de la perpetua guerra fría profesional de los filósofos entre sí; ¿cómo no recordar la cólera de Malebranche contra Espinosa, por ejemplo? ¿Qué no se ha dicho para negar o menguar la genialidad de Nietzsche en su época? Para negar una filosofía nada mejor que destruir al padre de la criatura. ¿Qué decir, más recientemente, de los infamantes calificativos con que la Enciclopedia Soviética de la era staliniana consideraba a Bertrand Russell, entre otros, por su posición filosófica *anti popular* y *pro imperialista*? En todas partes y en todo tiempo se cuecen estas habas intelectuales.

Del frondoso árbol de la sofística penden muchos frutos contradictorios; su heterogénea fecundidad bien merecería el concepto de

monstruosa si en realidad el ideal clásico de armonía pudiese presidir invariablemente las creaciones del espíritu humano. Lo cierto es que la sofística era un movimiento más que una escuela; su método de análisis e inquisición podía servir para muchos fines, pero no todos habían de ser condenables. La condena era subjetiva, arbitraria y también recíproca, pues en el desarrollo del ejercicio polémico se llegaba a extremos pasionales incompatibles con la presunta racionalidad de los litigantes. Cosa que no debe sorprendernos mucho pues estos griegos eran muy racionales, pero no podían dejar de ser humanos. Y aunque la pasión era considerada una enfermedad del alma, abundaban los enfermos. No eran máquinas pensantes los sofistas ni los antisofistas; eran hombres capaces de ser geniales, heroicos, santos y mártires, pero también mucho menos. Lo que importa considerar es que dejaron un rico legado de pensamiento y en algunos casos de conducta, que no se ha perdido no obstante las mutaciones y desfiguraciones sufridas; una herencia cultural que atravesó milenios y que perdura hasta nuestros días. Después de aquella explosión de ideas, de doctrinas, de normas ideales y prácticas, de afirmaciones dogmáticas y de dudas antidogmáticas, de creencias y de ironías, bien puede decirse como homenaje a sus creadores que, después de más de dos mil años, *nada nuevo hay debajo del sol* en punto a las cuestiones que ellos trataron. No es ésta una verdad absoluta, pero es una verdad. Por encima de las confusas acusaciones, resuena la voz de Cicerón quien no pudo menos que reconocer: los sofistas hicieron bajar la filosofía del cielo a la tierra. Lo que no es poco decir. Y fue el sofista Protágoras quien acuñó la frase memorable: *el hombre es la medida de todas las cosas*, mientras que para Platón la medida es Dios. Fueron los sofistas quienes enseñaron que el hombre debía obedecer a la naturaleza, no a las leyes y a las costumbres. De aquí la puesta en cuestión de la divinidad, del principio de autoridad, fuese éste religioso o político, tradicional o nuevo. Esta actitud derivada del *conócete a ti mismo*; del sentido relativista de la verdad que generaba la decadencia de las afirmaciones

El Gárrulo Avispero de los Sofistas

dogmáticas por más celestiales que fuesen. Observa Jaeger que *con profunda intuición vio Hegel en la Antígona de Sófocles el trágico conflicto entre dos principios morales: la Ley del Estado y el derecho de la familia*. Pero los sofistas fueron más lejos, llegaron al derecho del individuo, al individualismo. En fin, aparece el desorden dinámico frente al orden estático. De aquí la imagen del río fluyente y de la discordia tan grata a Heráclito.

La historia de aquella aventura de las ideas —usamos una feliz expresión de Whitehead— ha sido escrita de muchas maneras, tantas que es imponente el caudal bibliográfico al alcance de quienes desean estudiarla. Por lo mismo no puede hablarse de una historia, sino de historias; y en estas historias, desde las más remotas a la más recientes, desde las escritas por los contemporáneos de aquellos filósofos hasta las que redactan sus más actuales cronistas o críticos, hay de todo, también historietas... Merced a estos historiadores de distinto nivel y variado espíritu analítico, tenemos una visión harto confusa e incoherente de lo que ha sido aquella colmena zumbante de sofistas: escépticos, estoicos, epicúreos, cínicos y otras yerbas. Algunos salieron maltrechos de las erónicas maliciosas que registran escuelas y personajes; el lenguaje vulgar y la vida cambiante de las palabras lo demuestran; a veces el Diccionario de la lengua se encarga de dar carácter de autoridad a los juicios erróneos convertidos en vulgares; pero en este caso hay que perdonar al vulgo, pues sus errores no son de su creación, los ha recibido y adoptado de los historiadores muy atentos a sus prejuicios y a sus pasiones banderizas.

LOS ESCEPTICOS

¿Cómo suelen ser juzgados los escépticos? El Diccionario no los condena; han tenido suerte. Pero el léxico vulgar es menos benévolo. Aun entre personas que presumen de cultas se oye decir que *cunde el escepticismo*, como si dijese que cunde una epidemia. No faltan auto-

res de graves historias de la filosofía que al llegar al momento cuando aparecen Pirrón y sus discípulos en el escenario de las disputas sofísticas hablan de una *caída* del espíritu humano o de una aberración de la mente. ¿En qué abismo mental cayeron los pobres escépticos? Puede contestarse de diversas maneras esta pregunta. Pero hay una respuesta que muchos no quieren tener en cuenta. Cayeron en el abismo de la incredulidad, en las simas de la duda, con respecto a los dogmas, con respecto a toda suerte de autoridad ciegamente reconocida, fuese ésta celestial o terrenal, religiosa, política o científica. Ningún escéptico hubiese dicho, como Tertuliano: *creo aunque sea absurdo*. Y como tener fe aun en lo absurdo es una manera digamos extremista de afirmar una fe, y todos somos fideístas con respecto a algo, resulta que la lógica escéptica, llevada ella también a sus extremos, nos deja como en el aire, desamparados, librados a nuestras propias fuerzas morales o intelectuales que sentimos débiles y necesitan un puntal, aunque sea absurdo y externo, para que no caigamos en el vacío. Por donde resulta que el escepticismo no es una caída, sino una manera implacable, nada caritativa, de señalar que ya se ha caído y que sólo tenemos la ilusión de estar muy alto en alas de la fe o de la ciencia, o de la simple credulidad. En este sentido, no es pecador el que descubre y denuncia el pecado. Claro que si no tenemos noción y conciencia del pecado es como si éste no existiese; así, decía un sofista burlón: *lo que no se sabe, no existe*. Esta es la esperanza que abrigan los ladrones, hasta que se descubre el robo...

Pero no todo ha sido mala fama para los escépticos racionalistas, pues hasta don Miguel de Unamuno, que no era racionalista y se proclamaba con mucho énfasis hombre de fe, alguna vez dijo: *La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica. Escéptica digo, pero tomando la voz escepticismo en un sentido atimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que investiga o rebusca, por oposición al que afirma y cree haber hallado*. Mas, no es menos cierto que la duda precede al espíritu crítico, en cierta forma

El Gárrulo Avispero de los Sofistas

lo incuba; en última instancia corren parejas la una con el otro. ¿Acaso no fue la duda el punto de partida para Descartes? Si no fuera más que por este afán inquisitivo tan exigente de análisis, que es exigencia de veracidad, el escepticismo merece ser juzgado con la mayor benevolencia; pues, ¿quién osa negar la fecundidad activa de la duda y del espíritu crítico en la historia del pensamiento? Tenía sobrada razón Ficino (1433-1499) cuando decía que *la ciencia nunca es definitiva y completa; mientras vivimos, nuestro conocimiento va siempre acompañado por la duda; y la duda significa necesidad de aprender algo más; por ello es un esfuerzo de progreso.*

LOS ESTOICOS

Los estoicos, también combatidos en su tiempo, como no podía ser menos en una época de agudos polemistas, no necesitan hoy abogados defensores. Tienen mejor suerte que sus contemporáneos rivales. La posteridad los recuerda con mucho respecto y no menor admiración, como lo revela también el lenguaje vulgar. Decir de alguien que es un estoico en la desventura, supone un excelente elogio aunque quien usa el término en su acepción adjetiva sepa poco y nada de Zenón y de su escuela. En buena parte, se debe al cristianismo este prestigio actual de los estoicos. Es cosa sabida que la filosofía estoica, en lo que ella contiene de personal disciplina y conducta moral para enfrentar al sufrimiento superando los dolores del cuerpo y los temores del espíritu, fue estímulo a la fortaleza de los mártires y educación muy adecuada para quienes ejercían el peligroso apostolado de la nueva fe necesariamente combatida por lo mismo que ella también era combatiente. Además, aquello de que *es propio del hombre ser filántropo, está en la naturaleza del hombre el amar a los otros hombres, no por interés sino por corazón*; y la palabra *caridad* que estaba en boca de los estoicos; el espíritu cosmopolita humanitario que cultivaban; todo esto y mucho más compaginaba admirablemente con la prédica cristiana de

los primeros tiempos. No son pocas, ni secundarias, desde luego, las diferencias que separan a estoicos y cristianos, mas las semejanzas fueron lo suficientemente vivas para que el nombre del estoicismo goce de prestigio. Pero lo curioso del caso es que este prestigio se parece mucho a la admiración que suscitan los ideales heroicos poco menos que imposibles. Son características de este sentimiento las palabras de Epicteto: *Conozco a muchos hombres que recitan las fórmulas de los estoicos, pero no conozco a ningún estoico. Mostradme un estoico; no pido más que uno. Un estoico, o sea un hombre que es feliz en la enfermedad, feliz en el peligro, feliz mientras muere, feliz cuando es despreciado y calumniado. Si no puedes mostrarme a este estoico perfecto y realizado, muéstrame al menos uno que comience a serlo. No niegues a un anciano como yo tan gran espectáculo del que confieso no haber gozado todavía.* Era demasiado pesimista e injusto Epicteto, pues para gozar ese gran espectáculo que pedía le hubiese bastado con mirarse en un espejo. El fue ese espectáculo que reclamaba. Pero sin tomar al pie de la letra la opinión de Epicteto, es innegable que una filosofía heroica como la del estoicismo no podía ser popular; la popularidad de algunos aspectos de su contenido moral fue obra posterior del cristianismo. No podía ser popular una escuela que proclamaba: *A quien posee la virtud nada le falta para ser feliz. Sólo el sabio alcanza la perfección, o sólo el sabio es rico, pues posee lo que nadie puede arrebatarse: la libertad interior.* La exigencia de sabiduría para gozar tal felicidad y tal libertad no estaba, ni está, al alcance de todo el mundo.

LOS EPICUREOS

Siendo tan heroica como la de los estoicos, la moral de Epicuro no tuvo igual fortuna póstuma. Dice el Diccionario de la lengua que epicúreo equivale a *sensual y voluptuoso, con cierta elegancia.* Menos mal que lo de elegancia atenúa lo de sensual y voluptuoso, aunque también la palabra elegante ha perdido su añejo prestigio, pues ahora

El Gárrulo Avispero de los Sofistas

tiene un sospechoso matiz aristocrático que la hace desdeñable para la mentalidad democrática llamada de masas. Si se despoja de elegancia a la sensualidad y a la voluptuosidad, éstas se reducen a placeres groseros y a deleites carnales. No era ésta la moral de Epicuro. Pero cuando el epicureísmo pasó a Roma, en el gran trasplante de la cultura griega, los latinos lo interpretaron de modo harto pedestre; no aceptaban su disciplina heroica tan heroica como la de Zenón, aunque en otro sentido; y la sensualidad de los epicúreos descendió al nivel de una poco espiritual piara cerduna. De este modo, hasta Gargantúa puede resultar discípulo de Epicuro, cuando de haber golpeado las puertas del jardín no le hubiesen admitido ni en calidad de estiercol para nutrir las raíces de la delicada floración epicúrea. Pero así se escriben las historias; y quien sabe cuánto trabajo costará todavía rescatar a Epicuro del concepto con que la ignorancia le ofende.

La tierra entera —dice Epicuro— vive en fatigas; y para las fatigas es su mayor capacidad. Epicuro quiso liberar al hombre de tales fatigas; quiso alejarlo del dolor, del temor a la muerte, de los deseos desmedidos; este presunto sensualista voluptuoso enseñaba que en cuanto a los deseos hay que satisfacer tan sólo aquello que no es posible desechar sin cesar de vivir. Epicuro decía: Los gritos de la carne son: no tener hambre, no tener sed, no tener frío. En definitiva, la moral de Epicuro es liberadora; sustrae al hombre de la tiranía del dolor y de las fatigas; tenemos por un gran bien la independencia con respecto a los deseos, pero no en la intención de vivir siempre de poco, sino para que si falta la abundancia, sepamos contentarnos con ese poco, persuadidos de que disfrutan lo más agradablemente de la opulencia sólo aquellos que mejor saben prescindir de ella, conociendo que todo lo natural es fácil de obtener, mientras todo lo superfluo se obtiene penosamente. Comidas sencillas nos procuran igual placer que una mesa opulenta, si gracias a ellas se suprime toda especie de sufrimiento causado por la necesidad; pan ordinario y agua nos procuran el placer soberano cuando los llevamos a la boca con hambre. He aquí en que

consiste la voluptuosidad epicúrea; es casi equivalente a lo que podríamos considerar una humilde y casta voluptuosidad monástica franciscana. ¿Pero qué decir de la definición del epicureísmo que nos hace el Diccionario, cuando Cicerón afirmaba que esa escuela era más digna de ser perseguida por los jueces que refutada por los filósofos? ¿Acaso ignoraba Cicerón una de las sentencias más conocidas de Epicuro: *No es posible vivir placenteramente sin vivir en forma inteligente, noble y justa; y lo mismo a la inversa: quien no vive placenteramente tampoco vive en forma inteligente, noble y justa?* Es posible que los supuestos epicúreos de su tiempo, a quienes consideraba Cicerón dignos de ser perseguidos por los jueces, olvidaran de la sentencia epicúrea las exigencias de nobleza, justicia e inteligencia dando tan sólo validez a la vida placentera entendida ésta del modo más grosero posible, como la podía entender un entusiasta adorador de Baco.

LOS CINICOS

Si sofistas, escépticos y epicúreos han tenido y tienen mala prensa, como suele decirse ahora, los cínicos concitan aún más ostensible desfavor; son los menos afortunados de la familia polemizante. El can que les servía de blasón se prestaba a las mil maravillas para las burlas de sus rivales. Con ser el perro un gran amigo del hombre, cariñoso, fiel, inteligente, útil compañero, frases tales como *vida de perros* y *alma de perro*, adquieren no obstante fuerte sentido despectivo en boca de la gente; lo que no deja de ser un injusto contrasentido. Pero lo cierto es que el cínico recibía y recibe, como los perros, los puntapiés y los azotes de la malquerencia, del mal humor, de la incomprensión del prójimo. Cínico se convirtió en mala palabra. Ya lo era en sus tiempos iniciales, pero entonces había no pocos motivos para que lo fuese; motivos injustos, ocasionales, de guerra maliciosa entre escuelas enfrentadas, entre personajes recíprocamente antipáticos, pero motivos al fin históricamente explicables. En cambio, a esta altura de los tiem-

El Gárrulo Avispero de los Sofistas

pos, el sentido insultante del término es absolutamente gratuito y por lo tanto imperdonable. Los cínicos, es cierto, hacían todo lo necesario para que cultos e incultos de su época les desdieran. No movían un dedo para ganar complacencias y cortesías, pues no eran corteses ni complacientes. Ellos formaban lo que hoy podríamos llamar el proletariado rebelde de la filosofía sofística, pero un proletariado que no cultivaba una disciplina moral gregaria. Su actitud inconformista era radical, llevada a sus últimos extremos con sus naturales consecuencias desdieras. En este sentido, eran proletarios con orgullo, y hasta los había que lo eran con cierta vanidad un tanto exhibicionista. Hacían alarde de sus harapos y los vestían como si fuesen mantos fastuosos. En ese mundo de intelectuales disputantes, ellos estaban ejerciendo la función de anti intelectuales. En rigor, son los anti de cualquier cosa establecida, consagrada, por la autoridad y por las costumbres. En cierto sentido eran inmorales; no es que careciesen de una moral, sino que no había moral preexistente que les viniese bien y que les pareciese digna de ser cultivada. Para ellos, la moral corriente, fuese ésta de origen religioso o civil, democrática o aristocrática, era *moralina*, usando un término grato a Nietzsche quien estando en las antípodas de los cínicos se burlaba cínicamente de muchas costumbres y normas establecidas como verdades.

Para los cínicos, la ética no era tanto una ciencia como un arte, una práctica, una manera de vivir. *Vive conforme a la naturaleza*; lo cual equivalía a vivir disconforme con la civilización y con la cultura implícita. La crítica de la civilización, la repulsa de la vida civilizada, es común a estoicos, a epicúreos y a cínicos, pero éstos son quienes llevan su espíritu de oposición a sus extremos más intransigentes. Además, no tenían pelos en la lengua; su lenguaje era muy directo, nada metafórico, en absoluto retórico. El cínico Crates decía: *el desdén por la gloria y el dinero, he ahí mi patria; yo soy ciudadano, no de Tebas, sino de Diógenes...*; estos iconoclastas no respetaban a los grandes de la tierra, pero tampoco a las majestades del cielo. Lo negaban todo,

menos la libertad individual; desdénaban las leyes de la ciudad por amor a la naturaleza, como si fuesen románticos *avant la lettre*; este amor a la naturaleza tampoco era de obediencia sumisa a sus presuntas leyes; era una actitud igualmente rebelde. Antístenes afirmaba que no es filósofo el que sabe del Universo, sino el que sabe liberarse de él. El instrumento de esta libertad es la razón; la razón, en los cínicos, es *un arma para destruir tabús, esto es leyes, preceptos y conceptos establecidos mediata o inmediatamente por los hombres*. Los cínicos son los anarquistas de la familia sofística. Pero no se crea que sólo pensaban revolucionariamente, es que tenían una conducta acorde con sus pensamientos. Diógenes Laercio dice de ellos: *Se compl cen también en vivir frugalmente, usando los alimentos indispensables y los vestidos simples, desprecian las riquezas, la gloria y la nobleza de la sangre*. Y como si todo esto fuese poco, los cínicos cultivaban la otra herejía de exaltar el trabajo manual destruyendo las barreras que cercaban a los esclavos serviles liberándolos de la indignidad a que se les condenaba. Mucho antes que los cristianos, los cínicos fueron anti esclavistas. Téngase en cuenta, a fin de valorar la actitud cínica, lo que dice Hilaire Belloc en su libro *El Estado servil: El proceso mediante el cual desapareció la esclavitud de la sociedad cristiana, aunque muy lento en su desarrollo (duró casi un milenio)*... Más adelante, este pensador católico afirma: *Ningún dogma de la Iglesia declaró que la esclavitud fuese inmoral o la compra y venta de hombres un pecado, o la imposición del trabajo obligatorio a un cristiano, una contravención a derecho humano alguno*.

Los atenienses tenían motivos para sentirse molestos e irritados con la presencia de estos censores extremistas; Antístenes *se mofaba también del orgullo que mostraban los atenienses a causa de su condición de indígenas, y decía que éstos tenían de común con los caracotas y las langostas, cuenta Diógenes Laertes*. No eran bárbaros los cínicos, pero eran algo peor a los ojos de sus conciudadanos: eran anti patriotas. De haber vivido en estos tiempos de exaltación nacionalista, el

El Gárrulo Avispero de los Sofistas

juicio público y las leyes del Estado serían igualmente implacables contra estos cosmopolitas descastados.

Narra Diógenes Laertes que su tocayo el cínico, cierta vez *entró en un teatro en dirección contraria a los que salían*; como le preguntasen la razón de esta actitud, contestó: *Me estoy ejercitando en seguir en todo mi línea de conducta*. Peligroso ejercicio, pues un Diógenes moderno moriría pisoteado por la masa si se empeñase en marchar contra la corriente. Seguir su propia norma de conducta y no la norma impuesta por la sociedad y por las leyes, es un lujo suicida que sólo los tiranos pueden permitirse sin riesgo alguno, pues sólo un tirano o un dictador puede ser considerado un excéntrico cuando la individualidad ya no cuenta para el hombre común disciplinado y sumiso. Pero debemos ser justos y evitar confusiones; hay una notable diferencia entre el individualismo del tirano y el del cínico, pues como decía Herodoto: *es propio de dioses no necesitar nada; tanto más se aproxima uno a ellos cuanto menos necesidades tiene*. Y entre estas necesidades superfluas, el cínico descontaba las del poder, la gloria, la riqueza, la sensualidad del señorío.

La antigua Grecia arrojó al aire de la historia, como quien siembra a granel, las semillas de los sofistas, de los escépticos, de los epicúreos, de los estoicos, de los cínicos; siembra ideal que no se ha perdido, pero que está dispersa, quizás oculta, y que cuando menos se lo piensa da aquí y allá alguna floración insólita que a muchos parecerá exótica o, cuando menos, excéntrica, pero que salva al espíritu humano de la gris uniformidad conformista en la que suele caer en determinados momentos históricos demasiado planificados hasta en el plano abstracto de las ideas y en el menos abstracto de los sentimientos.

